

«El libro de referencia.» SIMON SEBAG MONTEFIORE

# LA GUERRA RUSO UCRANIANA

EL RETORNO DE LA HISTORIA



SERHII PLOKHY

**P**ENÍNSULA

# La guerra ruso-ucraniana

El retorno de la Historia

Serhii Plokhy

Traducción de Juanjo Estrella

Título original: *The Russo-Ukrainian War. The Return of History*

© Serhii Plokyh, 2023

Todos los derechos reservados

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Primera edición: octubre de 2023

© de la traducción del inglés, Juan José Estrella González, 2023

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2023

Ediciones Península,  
Diagonal 662-664  
08034 Barcelona  
[edicionespeninsula@planeta.es](mailto:edicionespeninsula@planeta.es)  
[www.edicionespeninsula.com](http://www.edicionespeninsula.com)

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición

Depósito legal: B. 15.846-2023

ISBN: 978-84-1100-206-6



## Índice

|                                      |     |
|--------------------------------------|-----|
| Nota preliminar                      | 11  |
| Mapas                                | 13  |
| Prefacio                             | 23  |
| 1. Hundimiento imperial              | 31  |
| 2. Democracia y autocracia           | 71  |
| 3. Implosión nuclear                 | 107 |
| 4. La nueva Europa del Este          | 131 |
| 5. La maniobra de Crimea             | 155 |
| 6. Ascenso y caída de la Nueva Rusia | 177 |
| 7. La guerra de Putin                | 199 |
| 8. Las puertas de Kíiv               | 225 |
| 9. Frente oriental                   | 251 |
| 10. El mar Negro                     | 281 |
| 11. La contraofensiva                | 307 |
| 12. El regreso de Occidente          | 339 |
| 13. El viraje hacia Asia             | 373 |
| Epílogo: El nuevo orden mundial      | 405 |
| Agradecimientos                      | 413 |
| Notas                                | 417 |
| Índice ideológico                    | 515 |

## Hundimiento imperial

Eran las siete de la tarde del día de Navidad de 1991 en Moscú. Mijaíl Gorbachov, el ex secretario general del Partido Comunista de la URSS que estaba a punto de convertirse en expresidente de la Unión Soviética, sentado en su despacho del Kremlin, leía un comunicado escrito frente a unas cámaras de televisión.

Gorbachov se dirigió a los espectadores llamándolos «queridos compatriotas y conciudadanos». De hecho, le hablaba al mundo entero: la CNN transmitió en directo su breve alocución. El líder soviético dimitía como presidente de la URSS. A las siete y doce minutos de la tarde, cuando terminó la transmisión, la Unión Soviética dejó de existir oficialmente. El régimen comunista, que había conseguido salvar el Imperio ruso zarista del hundimiento, que lo había convertido en superpotencia y que amenazaba al mundo con la aniquilación nuclear, ya no estaba ahí. La bandera roja que ondeaba sobre el Kremlin fue arriada menos de media hora después y sustituida por la enseña blanca azul y roja de la Federación Rusa, parecida a la enseña tricolor del Imperio ruso anterior a su hundimiento durante la revolución de 1917.<sup>1</sup>

En su discurso, de 20 minutos de duración, el presidente de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, conocida en todo el mundo como la URSS, declaró que dimitía por «una cuestión de principios». Había hecho todo lo posible por

mantener «el estado de la unión y la integridad del país», pero no lo había logrado. «Los acontecimientos han seguido un curso diferente. La política que prevaleció fue la de desmembrar el país y desunir el Estado, algo con lo que no puedo estar de acuerdo.» Gorbachov dimitía como presidente de un país cuya existencia legal ya tocaba a su fin. Lo habían disuelto a principios de ese mes los líderes de las quince repúblicas de la Unión que conformaban la URSS.<sup>2</sup>

Si la desintegración de la Unión Soviética llevaba ya algún tiempo gestándose, se hizo irreversible el 1 de diciembre de 1991, cuando los ciudadanos de Ucrania, la segunda república de la Unión por su tamaño, después de Rusia, acudieron a las urnas para decidir si querían que el país se convirtiera en un Estado independiente. La participación superó el 84 por ciento del censo, y más de un 92 por ciento de los votantes optó por la independencia. Incluso los residentes del Donbás ucraniano (cuenca del Donets), colindante con la frontera occidental rusa, votaron a favor de la independencia en una proporción de casi el 84 por ciento. En Crimea, la única región del país con una mayoría de población rusa, el 54 por ciento de los votantes apoyó la independencia. En Sebastopol, el puerto que acogía la Flota del mar Negro, el margen fue aún más amplio, pues allí el respaldo a la independencia de Ucrania alcanzó el 57 por ciento.<sup>3</sup>

Los resultados supusieron toda una sorpresa para Gorbachov, pero no para el presidente de Rusia, Borís Yeltsin, el que fuera protegido de aquel, convertido ahora en un rival que lo desafiaba. Galina Starovóitova, antropóloga, activista democrática y asesora de Yeltsin, le había puesto al día del probable resultado días atrás. Al conocer los sondeos, Yeltsin se mostró incrédulo. «¡No puede ser cierto! —fue su primera reacción—. Es nuestra fraternal república eslava. En ella vive un 30 por ciento de rusos. ¡Crimea es rusa! ¡Todos los que viven al este del Dniéper gravitan hacia Rusia!» Starovóitova tardó unos

40 minutos en convencer a su jefe de que los datos electorales señalaban en esa dirección, y solo en esa: un voto masivo en favor de la independencia. En ese mismo instante Yeltsin tomó una decisión: reconocería la independencia de Ucrania y se reuniría con quien estaba a punto de ser presidente electo del país, Leonid Kravchuk, para forjar una alianza y una nueva unión diferente a la que encabezaba Mijaíl Gorbachov.<sup>4</sup>

La reunión, que se celebró el 7 de diciembre en el coto de caza de Belavezha, en la frontera entre Polonia y Bielorrusia, se prolongó hasta el día siguiente. Los líderes bielorrusos, incluido el presidente del Parlamento de esa república, Stanislav Shuskévich, fueron los anfitriones de los presidentes ruso y ucraniano, que decidieron el destino de la URSS. Después de que Kravchuk rechazara unirse a la Unión reformada propuesta por Gorbachov, Guennadi Búrbulis, asistente de Yeltsin, propuso la disolución total de la URSS. Asustado al enterarse, el jefe del KGB bielorruso informó a sus jefes de Moscú de aquella propuesta desleal, pero no obtuvo respuesta —para entonces, Gorbachov contaba ya con muy pocos apoyos en la capital soviética—. La Unión Soviética fue reemplazada por una Comunidad de Estados Independientes, que más que un nuevo Estado era una organización internacional regional. Transcurridas menos de dos semanas, los líderes de las repúblicas centroasiáticas se unieron a la Comunidad en tanto que miembros fundadores. Desde ese momento, a Gorbachov ya no le quedaban aliados ni en las repúblicas. Sometiéndose a lo inevitable, acabó dimitiendo el 25 de diciembre de 1991.<sup>5</sup>

Anatoli Chernáyev, consejero de Gorbachov en asuntos exteriores, además de redactor del discurso de renuncia de su superior, escribiría más tarde, en su valoración sobre el último año de existencia de la Unión Soviética: «Lo que le ocurrió a la URSS ese año es lo que les ocurrió, “a su debido tiempo” a otros imperios cuando caducó el potencial que la historia les había asignado». Chernáyev tenía en mente la

caída de otros imperios al escribir, en el discurso de dimisión del presidente, cosas como «lo más dañino de esta crisis es la desintegración de la estructura del Estado» y «somos los herederos de una gran civilización». Pero también admitía la inutilidad de cualquier intento de salvar el tambaleante imperio. «Los intentos de Gorbachov de rescatar la Unión son espasmos desesperados», anotó en su diario en noviembre de 1991, antes de observar: «Y sin embargo todo se habría desvanecido de no ser por Ucrania, por Crimea, que no puede ser devuelta».<sup>6</sup>

La Unión Soviética cayó a causa del referéndum de Ucrania, cuando los ucranianos, tras alguna vacilación, sometieron a votación la cuestión de su independencia. Gorbachov abogaba por la celebración de un referéndum en toda la Unión sobre el destino de la URSS, pero no hubo plebiscitos en las demás repúblicas. Casi todas ellas, incluida Rusia, simplemente aceptaron los resultados del referéndum de Ucrania como el veredicto, no solo de la independencia de esa república, sino también del futuro de la URSS. Ni Gorbachov ni Yeltsin podían imaginar una Unión Soviética sin su segunda mayor república, que era además un elemento clave de la historia y la mitología tanto imperial como soviética. Recuperar el proyecto imperial en cualquiera de sus formas dependería de la capacidad de Rusia para hacer que Ucrania volviera al redil. «Sin Ucrania, Rusia deja de ser un imperio, pero con Ucrania sobornada y después subordinada, Rusia se convierte automáticamente en un imperio», comentaría Zbigniew Brzezinski unos años después.<sup>7</sup>

## EL MITO DE LOS ORÍGENES

Actualmente muchos rusos creen, como han creído durante siglos, que su Estado y su nación se originaron en Kíiv (o en



«Kiev», según la versión rusa), centro del ente político medieval que los historiadores denominan «la Rus de Kíiv». Con base en la actual capital ucraniana, esta comprendía buena parte de lo que hoy es Ucrania, Bielorrusia y la Rusia europea. La Rus de Kíiv, constituida en el siglo x, sucumbió a los embates de los mogoles en el siglo xiii, no sin antes dar lugar a numerosas entidades políticas semiindependientes. Las más poderosas de todas ellas eran Galitzia-Volinia, situada en la actual Ucrania y al sur de Bielorrusia; Nóvgorod el Grande o república de Nóvgorod, que ocupaba las tierras situadas al noroeste del antiguo reino de Kíiv; y el Principado de Vladímir —posteriormente Moscú en su zona nororiental—, el núcleo histórico de la Rusia moderna.<sup>8</sup>

En efecto, los rusos pueden llegar hasta Kíiv en busca de los orígenes de su religión, su lengua escrita, su literatura, sus artes, su código legal y —algo de extrema importancia en la era premoderna— su dinastía reinante. Sus intentos de considerar Kíiv como la fuente de su origen étnico, de su lengua y de su cultura popular se han revelado más problemáticos. Los viajeros que llegaban desde Moscú y San Petersburgo constataban que los autóctonos de Kíiv y sus alrededores hablaban una lengua diferente a la suya, cantaban otras canciones y tenían una cultura propia. Pero aquello no importaba demasiado, pues el mito del origen kievita de Rusia ya se había enraizado en la conciencia de las élites rusas hacia finales del siglo xv.<sup>9</sup>

Quizá los orígenes de ese mito se remonten a mediados de ese siglo, a los primeros años de vida del Gran Principado de Moscú, posteriormente conocido como Moscovia, en tanto que Estado independiente. Su fundador fue Iván el Grande, gobernante de Moscú y uno de los muchos descendientes de los príncipes kievitas, que estableció el mando de Moscú sobre un inmenso reino que se extendía desde Nizhni Nóvgorod, al este, hasta Nóvgorod el Grande, o simplemen-

te Nóvgorod, al oeste. Fue durante la guerra de Iván contra Nóvgorod, uno de los territorios herederos de la Rus de Kíiv, cuando nació el mito de los orígenes kievitas de Rusia, en origen como reclamación dinástica. Iván se declaró a sí mismo heredero de los príncipes kievitas y sobre esa base proclamó su derecho a reinar sobre Nóvgorod. Derrotó a los novgorodianos en la batalla de Shelón, en 1471, e incorporó la república a su reino en 1478. El Estado ruso independiente, nacido de la lucha entre Moscú y Nóvgorod, fue consecuencia de la victoria del autoritarismo sobre la democracia.

La victoria militar de Iván sobre los novgorodianos también le valió una independencia absoluta de los kanatos tártaros, cuyos gobernantes descendían del Imperio mogol y cuyo dominio sobre Moscovia, gradualmente, había ido haciéndose cada vez más nominal. Los tártaros intentaron impedir que Iván tomara Nóvgorod —protegiendo así, irónicamente, la democracia rusa— pero no lo consiguieron y tuvieron que retirarse. La conquista de Nóvgorod también simbolizaba la victoria de la reclamación dinástica de Iván, que se consideraba único heredero legítimo de los príncipes kievitas. En el transcurso de los años siguientes recurriría a ese estatus una y otra vez para reclamar más tierras ucranianas y bielorrusas. El poderoso mito histórico de los orígenes kievitas de la dinastía rusa sustenta la política de la Moscovia recién independizada: una política de conquista.<sup>10</sup>

Iván III fue el primer gobernante de Moscovia que intentó otorgarse el título de *zar*, palabra de origen europeo derivada de *césar* y que significa emperador o rey de reyes. Pero el primer gobernante que, de hecho, fue coronado zar fue su nieto, Iván el Terrible. Iván III transmitió a su heredero no solo la institución autoritaria del poder principesco, que su nieto convirtió con éxito en una forma de tiranía, sino también el mito de los orígenes kievitas. Iván IV el Terrible se consideraba descendiente del emperador Augusto, a partir de una

genealogía con la que intentaba remontarse, a través de los príncipes de Kíiv, hasta los emperadores de Bizancio y sus antepasados romanos. Asimismo, también buscaba agrandar su reino más allá de las posesiones de su abuelo.

En la década de 1550, Iván IV conquistó los kanatos de Kazán y Astracán, que, como la propia Moscovia, eran Estados sucesores del otrora poderoso Imperio mogol. Contaba por separado sus años de gobierno como señor de los kanatos de Moscovia, Kazán y Astracán, y consideraba que su conquista de esos territorios del Volga era el logro esencial que justificaba sus aspiraciones al título de zar. Tras subyugar esos kanatos, se dirigió hacia el oeste e intentó llegar al mar Báltico y combatir en una guerra por tierra contra el Gran Ducado de Lituania, en unos territorios que hoy son los Estados Bálticos y Bielorrusia —otros dominios de la que fuera la poderosa Rus de Kíiv. Pero el intento de Iván de ampliar el dominio de Moscovia hacia el oeste fracasó en medio de la guerra de Livonia (1558-1583), en la que Moscovia se enfrentó a una coalición de Estados que incluía a Polonia-Lituania, Suecia y Dinamarca.<sup>11</sup>

El siglo xvii se inició con la toma de Moscú por parte de las tropas polacas y sus aliados, los cosacos ucranianos. Durante ese «Periodo Tumultuoso» y lo que llegó después, Moscovia se separó de Kíiv y de las tierras ucraniana y bielorrusa no solo políticamente sino también en lo religioso. Los moscovitas ya no consideraban que los kievitas fueran creyentes ortodoxos como ellos, pues aseguraban que se habían corrompido al aceptar el dominio de reyes católicos y mostrarse abiertos a Occidente. Derrotada en el campo de batalla y erosionada por sus luchas internas, Moscovia cesó en su obsesión con Kíiv, su historia y la justificación que esta le proporcionaba para llevar a cabo más conquistas. Pero se trató más de un intermedio relativamente breve que del fin de su exhibición imperial.<sup>12</sup>

En el siglo XIX, los historiadores rusos, incluido el más influyente de ellos, Vasili Kliuchevski, afirmaban que la «congregación de las tierras rusas» o la «reunificación de la Rus» tras la invasión mogol, llevada a cabo primero por los príncipes de Moscú y después por los zares, era el rasgo definitorio del proceso histórico ruso. Se suponía que esa interpretación de la historia, fundada sobre el mito de los orígenes kievitas de Rusia, debía culminar en la reunificación triunfal de las tierras de la Rus en un Estado ruso, o en una «Rusia una e indivisible». Según Kliuchevski, ese proceso ya estaba en gran medida culminado a mediados del siglo XIX.<sup>13</sup>

Por parte de los historiadores imperiales, ningún otro elemento de la epopeya reunificadora se consideraba más importante que el establecimiento del control de Moscovia sobre el este de Ucrania a mediados del siglo XVII. Sus sucesores soviéticos lo ensalzaron como la «reunificación de Ucrania y Rusia»; en la práctica, la culminación de la historia ucraniana con su completa asimilación a Rusia. Por su parte, numerosos historiadores ucranianos se referían a aquella «reunificación» como a una alianza militar, una unión personal o incluso un sometimiento puro y duro.

Una de las consecuencias de la guerra de Livonia del siglo XVI, que perdió Iván el Terrible, fue la unión del reino de Polonia con el Gran Ducado de Lituania —que incluía las tierras ucranianas y bielorrusas de este— ante la amenaza moscovita. La Unión de Lublin (1569) estableció la Mancomunidad Polaco-Lituana, un incipiente Estado moderno con un poder real limitado y fuertes parlamentos centrales y locales, llamados dietas. Como parte de ese acuerdo de Mancomunidad, Polonia estableció su control sobre Ucrania y Kíiv, al tiempo que las tierras bielorrusas permanecían en el Gran Ducado de Lituania. Esa división jugaría un papel clave en el desarrollo de la Ucrania y la Bielorrusia modernas en tanto que nacionalidades separadas.<sup>14</sup>

El liderazgo en la formación de la Ucrania moderna corrió a cargo de los cosacos, hombres libres y siervos huidos que surgieron a finales del siglo xvi como poderosa fuerza militar en el curso bajo del río Dniéper, una «tierra de nadie» entre el reino de Polonia y el kanato de Crimea, otro pariente lejano del Imperio mogol. Bajo el mando de su general, el *hetman* Bogdán Jmelnitski, los cosacos se rebelaron contra el dominio polaco en 1648, pues buscaban afianzar sus propias libertades políticas en tanto que estamento social y poder practicar sin cortapisas su religión ortodoxa. Esa revuelta sangrienta, entre cuyas víctimas se contaron los judíos de Ucrania, culminó con el establecimiento de un Estado cosaco.

Ese nuevo Estado necesitaba aliados si pretendía mantenerse frente a las imponentes fuerzas polacas y lituanas alzadas contra él. Tras más de cinco años de contienda, Jmelnitski selló una alianza con Moscovia por la que reconocía la soberanía del zar a cambio de su protección militar contra los enemigos de Ucrania. El acuerdo se formalizó entre Jmelnitski y los plenipotenciarios del zar en la ciudad ucraniana de Pereyáslav en enero de 1654. La meta inmediata de Moscovia al entrar en la guerra contra la Mancomunidad Polaco-Lituaniana era recuperar las tierras perdidas en favor de Polonia durante el Periodo Tumultuoso. Pero no tardaron en reavivarse los recuerdos de la herencia kievita, y los ortodoxos ucranianos volvieron a ser considerados correligionarios. La protección de los hermanos ortodoxos contra los reyes polacos católicos, así como el renacer de las raíces dinásticas kievitas de los moscovitas se convirtieron en las consignas legitimadoras de ese nuevo impulso hacia occidente.<sup>15</sup>

Los polacos no tardaron en ser derrotados. Los moscovitas, entonces, se dirigieron a Bielorrusia y establecieron sus guarniciones en la Ucrania cosaca, también en la ciudad de Kíiv. Se iniciaba así la dilatada incorporación del Estado cosaco ucraniano al zarato moscovita, así como la usurpación de lo

que los cosacos llamaban sus «derechos y libertades», esto es, los elementos de su cultura política democrática. Las élites cosacas ucranianas consideraban inaceptables las nuevas condiciones, y en 1708 su nuevo *hetman*, Iván Mazepa, encabezó una revuelta contra el zar moscovita y posteriormente emperador Pedro I. Sería Pedro el que cambiaría el nombre del país, que pasaría de llamarse Moscovia a Rusia, derivado del griego bizantino, y proclamaría el nacimiento del Imperio ruso en 1721.

Mazepa se unió a los ejércitos del rey Carlos XII de Suecia, pero fue derrotado junto a su nuevo protector en la batalla de Poltava (1709), que se libró en el corazón de las tierras cosacas ucranianas. La victoria de Moscú en esa batalla condujo a su triunfo en la Gran Guerra del Norte (1721) y catapultó al Imperio ruso a una posición de potencia europea, con posesiones en el Báltico y en Europa Central, donde redujo la Mancomunidad Polaco-Lituana a un protectorado *de facto*. En Ucrania, Pedro recortó la autonomía cosaca aboliendo el cargo de *hetman* y poniendo el Estado cosaco, conocido como «hetmanato» por los historiadores, bajo jurisdicción de un cuerpo administrativo ruso llamado Colegio de la Pequeña Rusia.<sup>16</sup>

La emperatriz Catalina II, que gobernó entre 1762 y 1796, completó la destrucción del hetmanato y la integración de la entidad política cosaca en el Imperio ruso, que heredó de Pedro I. Ese proceso se llevó a cabo mientras se libraban las guerras ruso-turcas de finales del siglo XVIII, que pusieron vastas extensiones de territorio de lo que hoy es el sur de Ucrania bajo control ruso. Crimea fue anexionada y, desaparecida la amenaza de las incursiones tártaras en la península, ya no tenía sentido seguir tolerando a los cosacos ucranianos ni sus instituciones democráticas. Los regimientos cosacos quedaron integrados en el ejército imperial ruso, y las últimas instituciones cosacas fueron suprimidas con el ataque a la Hueste (ejército) de Zaporiyia en la región baja de Dnipró (1775).

En las tres particiones de Polonia, Catalina exigió toda Bielorrusia y la mayor parte de las tierras ucranianas. Con motivo de la segunda partición de 1772, mandó acuñar una medalla en la que podía leerse *Ottorzhenaya vozvrtij* («Recuperé lo que estaba roto»). Las referencias volvían a ser las tierras que en otro tiempo habían pertenecido al Estado kievita. Los territorios ucranianos —hubieran sido anteriormente gobernados por los cosacos o por los polacos, con la excepción de las tierras occidentales de Ucrania, que quedaron en manos de la monarquía de los Habsburgo— se incorporaron al Imperio ruso como meras provincias, sin derechos ni privilegios específicos.

Los cosacos, con su Estado y sus instituciones, desaparecieron. Pero no su recuerdo. En el siglo XIX, ese recuerdo se convertiría en un instrumento poderoso en manos de quienes crearon la nación ucraniana moderna. Ellos crearían un nuevo himno ucraniano que se iniciaba con las palabras «Ucrania aún no ha perecido». Hacía referencia a la existencia sostenida de la nación a pesar de la destrucción de su templo espiritual, el Estado cosaco.<sup>17</sup>

## EL ASCENSO DE UNA NACIÓN

Hasta el siglo XIX el Imperio ruso no se encontró con un enemigo al que no pudiera derrotar. El nombre de ese enemigo era *nacionalismo*. Este llegó en primer lugar en forma de dos levantamientos polacos que sacudieron el imperio. Sin embargo, a largo plazo, fue el nacionalismo ucraniano, que despertó con las campañas imperiales para sofocar la movilización polaca, el que planteó la principal amenaza al Estado imperial ruso. Si los polacos se resistían al dominio imperial, los ucranianos amenazaban la unidad del imperio «reunificado» de Catalina al afirmar una identidad diferenciada de la rusa.

El Imperio ruso hubo de enfrentarse a la cuestión nacional con el primer levantamiento polaco de 1830-1831. Los polacos, cuyo Estado multiétnico de Polonia-Lituania había quedado dividido entre Rusia, Prusia y la Austria de los Habsburgo en la segunda mitad del siglo XVIII, izaron la bandera del nacionalismo moderno contra todos los imperios divisores a principios del siglo XIX. Ellos fueron los primeros en tener la idea de que una nación podía luchar por la soberanía política incluso si carecía de aparato estatal. Esa idea quedó expresada en los primeros versos de su himno nacional, que serviría de modelo al ucraniano: «Polonia aún no ha perecido».<sup>18</sup>

El imperio contraatacó forjando un modelo de nacionalismo ruso estrechamente vinculado con su imperio. En 1832, tras el primer levantamiento polaco, el recién nombrado viceministro de Educación, el conde Serguéi Uvárov, le propuso al emperador Nicolás I una fórmula tripartita que serviría de piedra angular de una nueva identidad rusa que habría de forjarse a través del sistema educativo. Se basaba en tres conceptos a los que el súbdito leal del zar debería adherirse: ortodoxia, autocracia y nacionalidad. En el pasado, a los súbditos rusos se los había obligado a ser leales a Dios, al Soberano y a la Patria. La nacionalidad, que sustituyó a la «patria», era tanto una reacción al creciente nacionalismo polaco como un intento de emular la construcción nacional alemana. Uvárov estaba especialmente influenciado por las ideas del historiador y filósofo alemán Karl Wilhelm Friedrich Schlegel, seguidor de Johann Gottfried von Herder, que aspiraba a un Estado alemán unificado sobre la base de una nación alemana unida por la lengua y las costumbres.<sup>19</sup>

Para Uvárov, la nacionalidad imaginada había de ser indiscutiblemente rusa, pero incluiría a los otros herederos eslavos orientales de la Rus de Kíiv, los ucranianos y los bielorrusos. La población de las dos ramas menores era principalmente ortodoxa, pero una significativa minoría pertenecía a la Iglesia



uniata, que se había establecido a finales del siglo xvi. Sus adeptos, que vivían en las tierras fronterizas orientales de la Polonia dividida, seguían el rito ortodoxo pero reconocían la autoridad del papa romano. A ojos de Uvárov, eran rusos pero no ortodoxos, y muchos los creían receptivos a la propaganda insurgente polaca. El «problema» se solucionó antes del fin de la década de 1830, cuando a los uniatas se los obligó a «reunirse» con la Iglesia ortodoxa rusa. La nación rusa, integrada por la lealtad al zar, quedaba ahora, también, unida por la religión.

Los manuales de Historia escritos bajo la supervisión de Uvárov legitimaban la creación de una nación rusa, unida ahora en sus fronteras imperiales y sujeta al cetro del zar. El relato imperial imaginaba los orígenes de la nación rusa en la Kíiv medieval de la era del principado. Esa nación había sido dividida por invasores extranjeros, desde mogoles hasta polacos, pero los zares rusos la habían reunificado para que volviera a ser, una vez más, compacta e invencible.<sup>20</sup>

El modelo de una nación rusa unida no duró mucho tiempo inalterado. Siguiendo el ejemplo de Polonia, los ucranianos no tardaron en alzar el estandarte de su propio movimiento nacional. El imperio se topó con un desafío en las filas mismas de la nación rusa que intentaba crear en oposición a Polonia. En la década de 1840, unos intelectuales kievitas encabezados por un profesor de Historia de la universidad local, Mikola Kostomárov, y un maestro de dibujo que impartía clases en el mismo centro, Tarás Shevchenko, fundaron una organización clandestina que proclamaba la existencia de una nación ucraniana diferenciada. Bebiendo de las tradiciones de los cosacos y de las crónicas históricas, estaban fascinados con la lengua ucraniana y con la sabiduría y la cultura del pueblo llano. Según Herder y sus seguidores, esa era la raíz primigenia de la identidad nacional.

Había nacido el proyecto nacional de la Ucrania moderna, y para el Imperio ruso era mucho más amenazadora que la

revuelta polaca. Kostomárov imaginaba una federación eslava que reemplazara a las monarquías e imperios de los Románov y los Habsburgo. El imperio se sintió llamado a adaptar el modelo de la nación rusa unificada. Lo hizo después del segundo levantamiento polaco (1863-1864), que una vez más puso en cuestión la lealtad no solo de los polacos, sino también de ucranianos y bielorrusos. El nuevo modelo resultante de la nación rusa unida fue tripartito, y postulaba la existencia de unas «tribus» separadas: las de los rusos mayores, los rusos menores (ucranianos) y los rusos blancos (bielorrusos). Según ese argumento, planteado por el periodista conservador ruso Mijaíl Katkov, entre otros, todos hablaban diferentes «dialectos» del ruso, pero ello no era motivo para dudar de la unidad de la nación tripartita.<sup>21</sup>

Para asegurar que se mantuviera unida, las autoridades decidieron detener el desarrollo de las lenguas diferenciadas ucraniana y bielorrusa. La primera prohibición a la publicación en ucraniano de todo lo que no fuera folclórico —incluidos la Biblia, textos religiosos y cartillas escolares, así como libros de texto— se introdujo en 1863, y se mantuvo en vigor, con algunas modificaciones, hasta la primera década del siglo xx. Su abolición llegó tras los estragos causados en el Imperio ruso por la revolución de 1905. La prohibición de publicar en lengua ucraniana retrasó el desarrollo del proyecto nacional ucraniano moderno, pero no consiguió acabar con él. Los ucranianos de Galitzia, una parte de Ucrania anexionada a Austria como resultado de las particiones de Polonia, siguieron publicando en ucraniano no solo sus propias obras, sino también textos de sus hermanos de la Ucrania gobernada por Rusia.<sup>22</sup>

Las autoridades imperiales rusas veían con gran desconfianza los acontecimientos que se sucedían en las tierras eslavas de uno de sus principales rivales, el imperio de los Habsburgo (reformado para formar una monarquía dual austro-húngara tras la derrota de Austria a manos de Alemania en 1866). Le

preocupaban sobre todo los ucranianos de tres provincias: Galitzia, Bucovina y lo que actualmente se conoce como Transcarpacia, habitadas por personas de origen ucraniano. Estos se llamaban a sí mismos *rusinos* y a lo largo del siglo XIX desarrollaron no uno, sino tres proyectos de construcción nacional. El que surgió de la revolución de 1848 los concebía como nacionalidad rusa o rutenia diferenciada, leal a los Habsburgo y con escasos lazos con el resto de Ucrania.

Los Habsburgo apoyaron el movimiento rutenio como contrapeso al polaco, mucho más activo, pero debilitados respecto a los húngaros, con quienes ahora debían compartir el poder, convirtieron a los polacos en sus favoritos a expensas de los rutenios. En respuesta, algunos líderes rutenios y sus seguidores buscaron el apoyo de San Petersburgo y se declararon miembros de la nación rusa. Acababa de nacer el movimiento denominado rusófilo. Pero la nueva generación de activistas rutenios renunciaba tanto al proyecto ruso como al de los Habsburgo, definía a los rutenios de Austria-Hungría como ucranianos y tendía puentes con el movimiento ucraniano en el Imperio ruso.<sup>23</sup>

Las autoridades imperiales rusas hicieron numerosos intentos de apoyar el movimiento rusófilo en Galitzia y otras provincias de los Habsburgo. Llegaron incluso a financiar el principal periódico rusófilo y aceptaron como refugiados a los líderes del movimiento perseguidos por las autoridades austríacas (los austríacos sospechaban que eran agentes zaristas). A pesar de ese apoyo imperial, los rusófilos, a medida que el siglo XIX tocaba a su fin, se alineaban mayoritariamente, en lo político, con los defensores del proyecto ucraniano. Los ucranianos de Galitzia posibilitaban que autores ucranianos del Imperio ruso publicaran sus obras en lengua ucraniana, y acogían a importantes intelectuales ucranianos que deseaban trasladarse a Galitzia. El más destacado de ellos, el historiador Mijailo Grushevski, se trasladó a Lviv (Lemberg para los

austriacos) para ejercer de profesor en la universidad local. Él creó un nuevo metarrelato de la historia de Ucrania y, tras la caída del Imperio ruso, se convirtió en el primer jefe de Estado de una Ucrania independiente.<sup>24</sup>

## LA CAÍDA DEL IMPERIO

Mientras el Imperio ruso fracasaba en su intento de recurrir al nacionalismo étnico para socavar la monarquía rival de los Habsburgo y protegerse del ascenso del movimiento ucraniano, el empeño de San Petersburgo de usar la nacionalidad y la religión contra su otro rival, el Imperio otomano, se reveló mucho más exitoso.

El declive de la Sublime Puerta se remontaba a las últimas décadas del siglo xvii, pero fue el auge del nacionalismo entre los pueblos subyugados, en el siglo xix, el que asestó el golpe de gracia al imperio. Ese siglo vio numerosos levantamientos de súbditos ortodoxos y eslavos en la península balcánica contra el dominio otomano. Los serbios y los griegos fueron los primeros en rebelarse, instaurando Estados independientes en las primeras décadas del siglo. Los rusos estaban ahí para ayudar, motivados más por la geopolítica y la afinidad religiosa que por las ideas nacionalistas. El reconocimiento de ambos países se produjo al término de la guerra ruso-turca (1828-1829), que prácticamente convirtió el Imperio otomano en un dominio ruso.

El surgimiento del paneslavismo en Rusia, así como la religión ortodoxa de los súbditos otomanos de los Balcanes, se convirtieron en factores importantes a la hora de justificar la implicación rusa en los asuntos otomanos, que se mantuvo a lo largo de todo el siglo xix y principios del xx. En 1875, los eslavos de Herzegovina se rebelaron contra el dominio otomano, igual que los búlgaros. A estos les siguieron los serbios en partes de Serbia y de Montenegro que seguían controladas por

los turcos. Aunque estos aplastaron las revueltas, en 1877 los rusos ya se habían adentrado con sus tropas en posesiones otomanas y derrotaron el ejército del sultán. El acuerdo de paz firmado en el Congreso de Berlín de 1878 incluía el reconocimiento internacional de la independencia de Rumanía, Serbia y Montenegro, así como la autonomía de Bulgaria, Estado que incorporaba solo una fracción de territorio búlgaro.<sup>25</sup>

El apoyo de Rusia a Serbia, en esta ocasión no contra los otomanos sino contra Austria-Hungría, se convirtió en una de las causas inmediatas de la Primera Guerra Mundial, lo que subrayaba la importancia del nacionalismo y la amenaza que este planteaba a los imperios. En todos los países beligerantes, incluido el Imperio ruso, la guerra mundial se inició con un estallido de nacionalismo y chovinismo por parte de las naciones gobernantes. En Austria-Hungría se aplicaron medidas drásticas contra el nacionalismo eslavo, incluido el movimiento rusófilo entre los ucranianos de la Galitzia austríaca. En el Imperio ruso, las autoridades clausuraron instituciones y organizaciones ucranianas.

Si bien aplastaban el nacionalismo minoritario en el interior de sus países, las partes en conflicto hacían todo lo que podían por jugar la carta del nacionalismo contra los demás a fin de movilizar los movimientos nacionales al otro lado de las fronteras. Así, los rusos prometieron un Estado y la autonomía de los polacos que vivían dentro de las fronteras alemana y austríaca; los austríacos prometieron un Estado a los ucranianos. Como la guerra se prolongaba, los imperios beligerantes buscaron erosionar a sus enemigos reconociendo las reivindicaciones de las minorías nacionales de sus territorios, e incluso creando Estados-nación en dichos territorios. Los alemanes lideraron la apuesta, junto con los austríacos, proclamando la creación del reino de Polonia en 1916.<sup>26</sup>

La caída de la dinastía Románov en marzo de 1917 como consecuencia de la Revolución de Febrero abrió las compu-

tas a la creación de entidades políticas autónomas en los territorios del Imperio ruso. El golpe de Estado de los bolcheviques en octubre de ese año llevó a una destrucción mayor de las instituciones imperiales y a la fundación de nuevas autonomías. Pero los bolcheviques consiguieron reinstaurar la unidad de las tierras imperiales mediante la combinación de su fuerza militar y ciertas concesiones culturales a las nacionalidades, así como con el reclutamiento de partidarios entre su *intelligentsia* y con el reconocimiento de su derecho a la autonomía política y al uso de sus lenguas nacionales en el desempeño de los asuntos públicos.

Los principales competidores de los bolcheviques eran los generales del Ejército Blanco, entregados a la idea de una Rusia unida e indivisible. Dado que estos concebían la futura república rusa como un Estado-nación ruso, no podían aspirar a atraer a su causa a las nacionalidades no rusas, y su modelo prebélico de relaciones sociales alejaba a campesinos y obreros. Los bolcheviques, por su parte, buscaban infructuosamente recobrar el control de Finlandia, Polonia y los países bálticos bajo la enseña de la revolución mundial. También perdieron partes de Ucrania y Bielorrusia en favor de Polonia, y la exprovincia rusa de Besarabia (la futura Moldavia) en favor de Rumanía. Pero, más allá de eso, conquistaron y mantuvieron la mayor parte del resto del imperio.<sup>27</sup>

En vísperas de la invasión total de Ucrania de febrero de 2022, Vladímir Putin afirmó que habían sido los bolcheviques, y más concretamente Vladímir Lenin, los que crearon un Estado ucraniano y, en efecto, la propia Ucrania moderna. Pero hasta un contacto somero con la historia de la Revolución Rusa y de la consiguiente caída del Imperio ruso indica que el Estado ucraniano moderno no vio la luz gracias a Lenin, sino en contra de sus deseos.<sup>28</sup> En mayo de 1917, poco después de la caída de la monarquía, la Rada (Consejo) Central, el Parlamento revolucionario ucraniano, establecida en Kíiv y presidida por el

historiador Mijailo Grushevski, proclamó la autonomía de Ucrania como futura república rusa. Pero solo después de que se produjera el golpe bolchevique en Petrogrado, en otoño de 1917, la Rada Central declaró la creación de la República Popular Ucraniana, que comprendía la práctica totalidad del territorio de la actual Ucrania dentro de los límites del Imperio ruso, incluida la región minera del Donbás. El nuevo Estado deseaba mantener lazos federales con Rusia, pero la invasión bolchevique de enero de 1918 lo hizo imposible.

La Rada Central declaró la independencia de Ucrania y selló una alianza antibolchevique con Alemania y Austria-Hungría. Los bolcheviques declararon la guerra al Gobierno ucraniano bajo la enseña de su propia República Popular Ucraniana de los Sóviets, una ficción creada para proporcionar cierto grado de legitimidad a la toma bolchevique de Ucrania. Las tropas bolcheviques masacraron a la población de Kíiv, mataron a centenares, si no a miles, de sus ciudadanos, entre ellos al metropolitano Vladimiro (Bogoyavlenski), de la Iglesia ortodoxa. El comandante bolchevique de Kíiv, Mijaíl Muraviov, envió un telegrama a Lenin: «Se ha restablecido el orden en Kíiv».<sup>29</sup>

La Rada Central tuvo que abandonar Kíiv, pero no tardó en regresar, pues había firmado un acuerdo con Alemania y el Imperio austrohúngaro y sus tropas entraron en Ucrania en la primavera de 1918 y expulsaron a los bolcheviques de su territorio, incluido el Donbás. Poco después los alemanes sustituyeron la Rada Central democrática por el régimen autoritario del *hetman* Pavló Skoropadski, pero la República Popular Ucraniana, democrática, fue reinstaurada cuando los alemanes se retiraron de Ucrania a finales de 1918. Los bolcheviques hicieron acto de presencia una vez más, esta vez bajo la bandera de su adversaria, la República Popular Ucraniana, formalmente independiente de Rusia.<sup>30</sup>

Cuando los bolcheviques volvieron a aparecer en Ucrania y lanzaron su campaña militar para unir las provincias ucr-

nianas del anterior Imperio ruso y ponerlas bajo control central, la conciencia nacional ucraniana ya estaba tan extendida que Vladímir Lenin se vio obligado a cambiar de estrategia. Llegó a la conclusión de que las aspiraciones de independencia de los ucranianos eran tan fuertes, no solo entre los ucranianos en general sino incluso entre los propios bolcheviques ucranianos, que era necesario garantizarles cierto grado de autonomía y un estatus de igualdad con respecto a Rusia.<sup>31</sup> A los ucranianos no solo se les reconoció como una nacionalidad diferenciada, lo mismo que a los bielorrusos —ya no eran una «tribu» de una nación rusa tripartita, como en tiempos de los zares— sino que se otorgó un reconocimiento formal de independencia a un Estado títere ucraniano soviético, y el ucraniano se convirtió en su lengua oficial.

Conscientes de que habría que encontrar un encaje para los movimientos nacionales llegados al poder como consecuencia de la Primera Guerra Mundial y de la Revolución de 1917, los bolcheviques hicieron esfuerzos por obtener la cooperación de las nuevas élites políticas y culturales. Con el tiempo, ese encaje fue más allá de las cuestiones lingüísticas, culturales y de captación de cuadros locales para crear unas administraciones que *de facto* eran de ocupación. También incluyó la creación de instituciones estatales y el reconocimiento de la independencia formal de los Estados títeres controlados por los bolcheviques y creados para deslegitimar los Estados independientes y los Gobiernos verdaderamente nuevos establecidos por las minorías nacionales en los límites del anterior imperio.

## LA UNIÓN COMUNISTA

La principal contribución de Vladímir Lenin a la historia de las relaciones ruso-ucranianas no fue la creación de un Esta-



do ucraniano moderno. Más bien consistió en dotar a Rusia, o a la Federación Rusa —el nombre con el que entró en la Unión Soviética—, de un territorio e instituciones propias, diferenciadas por primera vez en siglos del territorio y las instituciones del imperio que los bolcheviques pretendían preservar. En todo caso, Lenin puso las bases para la creación no de Ucrania, sino de la Rusia moderna.

En 1922, Lenin se enfrentó a Joseph Stalin por la estructura del Estado soviético, por entonces en construcción. ¿Cómo habían de integrarse en una Unión Soviética liderada por Rusia sus repúblicas constituyentes, unos Estados formalmente independientes que de hecho estaban controlados por el Partido Bolchevique? Las entidades políticas no rusas implicadas eran la República Socialista Soviética de Ucrania, la República Socialista Soviética de Bielorrusia y la República Socialista Federativa Soviética de Transcaucasia, que incluía a Georgia, Armenia y Azerbaiyán. Stalin proponía agruparlas todas en la Federación Rusa como regiones autónomas, pero los bolcheviques ucranianos y georgianos se oponían, pues ello limitaría significativamente sus prerrogativas en tanto que dirigentes de unas repúblicas independientes *de iure*.

Lenin se alineó con ucranianos y georgianos, y propuso una Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas a la que la Federación Rusa se uniría en términos de igualdad con las demás. Su criterio se impuso, y el tratado que establecía formalmente la creación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas se firmó el 30 de diciembre de 1922. Stalin lo aceptó. Para el futuro de las relaciones ruso-ucranianas, así como de las relaciones de Rusia con todos los demás pueblos y nacionalidades del antiguo imperio, la creación de la URSS resultó trascendental. Por primera vez en su historia, Rusia había adquirido un territorio y unas instituciones diferenciadas de los entes de Gobierno del Imperio zarista. Las funciones

imperiales las ejercerían ahora instituciones de toda la Unión, y no instituciones republicanas rusas.

A pesar de la creación de la URSS, los bolcheviques rusos mantuvieron el control sobre las demás repúblicas a través de la organización más relevante: el Partido Comunista. Conocido inicialmente como Partido Comunista de los Bolcheviques de Rusia y después como Partido Comunista de los Bolcheviques de toda la Unión, siguió estando ampliamente centralizado, y de manera gradual fue convirtiendo la estructura federal de la Unión Soviética en un mero formalismo. A diferencia de otras repúblicas, Rusia no contaba con un Partido Comunista propio, y en lugar de ello controlaba el Partido Comunista de toda la Unión, en que a los partidos de las repúblicas no se les concedían más derechos que a las organizaciones comunistas provinciales de la Federación Rusa. Aunque la fachada federal se mantenía, la Unión Soviética creó un sistema de gobierno centralizado en forma de partido de la Unión.<sup>32</sup>

La URSS inició su andadura con un acto masivo de afirmación de las culturas no rusas más allá de la Federación Rusa. Pero la rusificación de las tierras limítrofes regresó a finales de la década de 1920 y a principios de la de 1930, cuando Stalin apareció como único sucesor de Lenin y empezó a preparar el país para la guerra. Una de las razones del cambio era la industrialización, que, dado el control ruso sobre el partido de la Unión Soviética, implicaba que el ruso fuera la lengua de la administración, la ciencia y la tecnología. Otro motivo era acomodarse a los rusos en tanto que nacionalidad más grande en lo que ya era el Imperio soviético, así como el empeño de integrar culturalmente las nacionalidades no rusas a fin de que estas no cambiaran de bando en la inminente guerra.

En Ucrania, la mayor república no rusa de la URSS, ese cambio en la política de nacionalidades se subrayó mediante unos juicios-farsa contra la *intelligentsia* ucraniana. El prime-

ro de ellos, que se celebró en 1929, fue seguido por un ataque contra los cuadros ucranianos del partido y el campesinado, que alcanzó su cénit durante el Holodomor o Gran Hambruna Ucraniana de 1932-1933. Varios comunistas ucranianos destacados se suicidaron, mientras que otros fueron destituidos de sus cargos y encarcelados. Hasta cuatro millones de personas murieron de hambre en una campaña concertada para acabar con la resistencia campesina a la colectivización y maximizar el envío de cereales en aras de la industrialización soviética. En el mes anterior al inicio de la hambruna, Stalin advirtió a sus socios de que aquellas medidas eran necesarias para impedir la pérdida de control sobre Ucrania. El Holodomor convirtió el país, antes conocido como el granero de Europa, en una tierra devastada por el hambre.<sup>33</sup>

La Segunda Guerra Mundial condujo a otro cambio en la política de Moscú con respecto a las nacionalidades. Aunque no se abandonaba el rusocentrismo, empezaron a permitirse más manifestaciones de patriotismo ucraniano y de otras nacionalidades no rusas. La toma soviética de provincias orientales de Polonia tras el Pacto Ribbentrop-Mólotov de 1939 se justificó como una liberación de los compatriotas ucranianos y rusos de la opresión capitalista polaca. También se celebró en términos étnicos como la reunificación de la Ucrania y la Bielorrusia occidentales con sus correspondientes repúblicas soviéticas. Regresaba el antiguo paradigma imperial de la reunificación, vestido en esa ocasión con ropajes ucranianos y bielorrusos.

Cuando Hitler atacó la URSS en junio de 1941, el nacionalismo no ruso volvió a movilizarse, sobre todo en Ucrania, con el propósito de alentar la resistencia patriótica contra la invasión alemana. Una vez que las fuerzas alemanas ocuparon toda Ucrania con el apoyo de sus aliados rumanos y húngaros, a Moscú no le importó promover la lengua, la cultura y la historia ucranianas a fin de movilizar la resistencia e invocar

la lealtad de los más de seis millones de ucranianos reclutados por el Ejército Rojo. La baza ucraniana también se jugó en el interior y en el extranjero para justificar la toma militar y la anexión de tierras ucranianas gobernadas por Polonia, Checoslovaquia y Rumanía en la época de entreguerras.<sup>34</sup>

En 1914, el ejército ruso había tomado la ciudad de Lviv, en ese momento bajo dominio austríaco, y lo había justificado como un acto de liberación de sus compatriotas rusos (ese era el término oficial con que las autoridades zaristas se referían a la población local). A medida que la Segunda Guerra Mundial se acercaba a su fin, los soviéticos apostaron no por la carta nacional rusa, sino por la ucraniana cuando incorporaron Lviv a la RSS de Ucrania, a pesar de que la ciudad era, en su mayor parte, de composición étnica polaca y de que los judíos (exterminados en su mayoría durante el Holocausto) conformaban el segundo grupo de población.

Si bien las autoridades se mostraban más que dispuestas a explotar la etnicidad ucraniana para justificar la expansión soviética hacia el oeste, no aprobaban ni toleraban todas las expresiones de patriotismo y nacionalismo ucranianos. La radical Organización de Nacionalistas Ucranianos (OUN), constituida en tierras ucranianas occidentales durante el periodo de entreguerras, se consideraba particularmente peligrosa. Los soviéticos denominaban a sus miembros «banderistas»: su líder, Stepán Bandera, y algunos de sus seguidores fueron encarcelados en campos de concentración alemanes tras un intento fallido de proclamar un Estado ucraniano independiente en alianza con Alemania y contra la URSS en el verano de 1941. Los ocupantes nazis, que veían a los eslavos como a una raza subhumana, deportaron a más de dos millones de ucranianos a Alemania como mano de obra esclava y persiguieron a patriotas ucranianos de toda condición.

Las dos ramas de la OUN, una liderada por Bandera y la otra por su rival menos conocido, Andrii Melnyk, se rebela-

ron contra los alemanes a finales de 1941. En 1943, la facción de Bandera asumió el liderazgo del Ejército Insurgente Ucraniano, una guerrilla de 100.000 soldados que luchó contra el Ejército Interior Polaco y contra los nazis y, posteriormente, contra el Ejército Rojo por el control de la Ucrania occidental. La insurgencia nacionalista ucraniana no fue totalmente aplastada hasta principios de la década de 1950, durante los últimos años del régimen de Stalin, lo que le valió la consideración de movimiento más fuerte y más duradero de resistencia a los soviéticos en toda la Europa oriental y central.

Los soviéticos hicieron todo lo posible por desacreditar a los nacionalistas ucranianos, condenando su temprana colaboración con los alemanes y exponiendo la participación de algunos miembros de la OUN en el Holocausto y la limpieza étnica de polacos durante la ocupación alemana de Ucrania. Además, hicieron importantes concesiones a la lengua ucraniana, que pasó a ser dominante en las instituciones de Gobierno del oeste del país en sustitución del polaco. Pero la soviétización de la Ucrania occidental se llevó a cabo sobre todo mediante la represión. No solo los combatientes capturados del Ejército Insurgente Ucraniano, sino también civiles sospechosos de haberlos ayudado, fueron reubicados o deportados en masa a gulags de la RSFSR, lo que convirtió a los ucranianos en el mayor grupo étnico de presos políticos de la Unión Soviética, fenómeno documentado por Aleksandr Solzhenitsyn en su obra *Archipiélago Gulag*.<sup>35</sup>

## EL CONDOMINIO RUSO-UCRANIANO

Tras la muerte de Stalin en 1953, la suerte de la élite comunista ucraniana, que se había plegado del todo a Moscú durante el Holodomor y posteriormente fue purgada durante el Gran Terror de finales de la década de 1930, mejoró drástica-

mente. El agente de ese cambio fue el hombre fuerte de Stalin en Ucrania, Nikita Jrushchov, que había presidido el Partido Comunista de Ucrania entre 1938 y 1949. En ese momento recurrió a sus apoyos ucranianos para superar a sus competidores en Moscú y convertirse en el líder supremo de la URSS. Los cuadros ucranianos formaron el núcleo duro de la pirámide de poder de Jrushchov: dado que no existía un Partido Comunista Ruso diferenciado, estos constituían el mayor bloque electoral en el Comité Central del Partido Comunista de toda la Unión, que tenía la potestad de elegir y destituir a líderes del partido.<sup>36</sup>

Con Jrushchov, la élite del Partido Comunista de Ucrania se reveló como el socio menor de sus equivalentes rusos en el Gobierno de la Unión Soviética, que evolucionó hasta convertirse en un condominio ruso-ucraniano en lo referente a liderazgo. Una muestra de esa nueva importancia de Ucrania y de su ascenso en la jerarquía simbólica de las naciones soviéticas fue el traspaso de la península de Crimea de Rusia a Ucrania en 1954, orquestada por Jrushchov. Oficialmente, el «regalo» marcó el tricentenario del Acuerdo de Pereyáslav de 1654, que había dejado a la Ucrania cosaca bajo control moscovita, lo que constituía la «reunificación de Ucrania y Rusia», tal como lo definió la propaganda soviética. A la opinión pública se le presentó el hecho como prueba de la confianza que, en ese momento, Rusia depositaba en Ucrania.

En realidad, la península de Crimea se unió al Gobierno ucraniano de la tierra firme a fin de acelerar su recuperación tras la guerra, que avanzaba más lentamente que en otras partes de la URSS europea. Ello se debía, en parte, a la deportación forzosa de la población autóctona de la península, los tártaros de Crimea, acusados de colaborar con los alemanes durante la contienda.<sup>37</sup>

El aumento de la importancia simbólica de Ucrania como la segunda república soviética más destacada, y el afianzamiento

to de la élite del Partido ucraniano como socio menor de los jefes del Partido ruso se mantuvieron en las décadas de 1960 y 1970 con el sucesor de Jrushchov, Leonid Brézhnev. Aquel, nacido en Rusia, había pasado gran parte de su carrera en Ucrania, mientras que este, que étnicamente también era ruso, había nacido en Ucrania. Brézhnev se convirtió en líder de un clan político conocido como la «mafia de Dnipropetrovsk», así llamada por la ciudad industrial ucraniana en la que inició su carrera política y en la que reclutó a cuadros que le eran personalmente leales, cuadros a los que asignó cargos clave en Moscú y en Kíiv. La importancia que el Partido ucraniano y las élites directivas llegaron a alcanzar en el Gobierno central era, en parte, el reflejo de la relevancia de Ucrania en la economía soviética. Después de todo, se trataba de la segunda república de la URSS de población y en producción económica.<sup>38</sup>

En 1967, con motivo de la conmemoración del 50 aniversario de la URSS por parte del Gobierno soviético, en los informes oficiales se hacía hincapié en el liderazgo económico de la Federación Rusa. «La industria de la RSFSR —se remarcaba constantemente— supone aproximadamente la mitad de la producción de toda la Unión en hierro bruto, acero, hierro laminado, carbón, gas, fertilizante mineral, ácido sulfúrico y maquinaria de corte de metales, dos terceras partes de la energía eléctrica y equipamientos químicos, más del 80 por ciento de la producción de crudo y de automóviles, papel y textiles; tres cuartas partes de fibra química, más del 60 por ciento del cemento y más del 90 por ciento de la pasta de celulosa para la exportación.»<sup>39</sup>

Pero, en términos de contribución a las arcas de la Unión Soviética, inmediatamente después de la Federación Rusa venía Ucrania. «La RSS de Ucrania produce la mitad del hierro bruto de la Unión, más del 40 por ciento de su acero y su hierro laminado, más de la mitad de su mineral de hierro y

una tercera parte de su carbón y su gas —se leía en ese mismo informe económico—. Casi la producción total de locomotoras diésel de la Unión se concentra en Ucrania, toda la producción de cosechadoras de remolacha y aproximadamente la mitad de la producción de maquinaria metalúrgica, la producción de inmensas cantidades de maquinaria de corte de metales, tractores y automóviles, así como de maquinaria para la industria energética, electrotécnica, química, de transportes y de equipos de elevación, entre otras.»<sup>40</sup>

En 1970, la Federación Rusa contaba con una población aproximada de 118 millones, mientras que la cifra, en la RSS de Ucrania, era de 42 millones de habitantes. Si Rusia aportaba el 57 por ciento de la población de la toda la Unión Soviética, que era de 208 millones de habitantes, la Ucrania soviética constituía el 20 por ciento. Así, la contribución de Ucrania a la economía soviética era comparable a su porcentaje de población: sumaba el 18 por ciento de la fuerza de trabajo y, aproximadamente, el mismo porcentaje en cuanto a la producción económica. En ese momento había unos siete millones de habitantes de origen ruso en Ucrania, así como unos 3,4 millones de ucranianos en la Federación Rusa. Sin excepción, los ucranianos de Rusia hablaban no solo su lengua materna, sino también ruso; algunos de ellos hablaban solo en ruso. Por su parte, los rusos de Ucrania se expresaban abrumadoramente en ruso, como también lo hacía un número considerable de ucranianos de origen, sobre todo los que residían en los grandes centros industriales del este y el sur del país.<sup>41</sup>

Brézhnev puso fin al resurgir cultural ucraniano que se había iniciado con los esfuerzos desestalinizadores de Jrushchov a finales de la década de 1950. En 1972, el Kremlin apartó del poder al primer secretario del partido en Ucrania, Petró Shélest, persona de mente independiente y comunista nacional convencido, tras lo cual inició una campaña contra la *intelligentsia* ucraniana que llevó a numerosas detenciones



y a la confección de listas negras con las principales figuras culturales ucranianas, entre ellas la destacada poeta Lina Kostenko. Entre los detenidos figuraban miembros del Grupo Ucraniano de Helsinki, la segunda organización de esas características establecida en la URSS para monitorizar los abusos contra los derechos humanos perpetrados por las autoridades soviéticas y que suponían una violación del Acta Final de Helsinki, un acuerdo firmado en 1975 por representantes de 35 Estados, casi todos ellos europeos, entre los que se encontraban Estados Unidos y la URSS.<sup>42</sup>

Cuando Mijaíl Gorbachov accedió al poder en 1985, el renacimiento nacional ucraniano llevaba tiempo agotado, y las élites culturales ucranianas tenían poca capacidad para desafiar las políticas que llegaban desde Moscú. Con el avance de la rusificación de Ucrania, que afectaba con especial virulencia el este y el sur del país, el sueño de los oficiales soviéticos de convertir a rusos y a ucranianos en un solo pueblo, al menos en términos lingüísticos y culturales, parecía más cerca que nunca de su materialización.

Gorbachov estaba tan convencido de que la «cuestión nacional» soviética se había resuelto de una vez por todas que decidió ignorar una regla no escrita establecida poco después de la muerte de Stalin: que el jefe de organización del Partido en todas y cada una de las repúblicas debía representar a la nacionalidad autóctona respectiva. Y así, en diciembre de 1986 sustituyó al que llevaba largo tiempo ejerciendo como secretario general del Partido Comunista de Kazajistán, Dinmujamed Kunáyev, por Guennadi Kolbin, procedente de los Urales, de origen étnico ruso y que le era leal. De modo imprevisto para Moscú, los jóvenes kazajos recibieron a Kolbin con protestas y disturbios, en el primer caso de acción de repulsa de tipo nacionalista que se producía en la Unión Soviética en varias décadas. Gorbachov rectificó y, finalmente, permitió que un líder kazajo local, Nursultán Nazarbáyev, sustituyera a Kolbin.